

algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

James M.
Barrie

Adaptación
V. Muñoz
Puelles

Ilustraciones
L. Serrano

Peter Pan





1

Aparece Peter Pan

Todos los niños, menos uno, crecen. Y no solo crecen, sino que enseguida saben que han de crecer. Todos, menos Peter Pan.

Wendy, en cambio, lo supo de inmediato, a los dos años. Y es que, para la mayoría de los niños, los dos años son el principio del fin.

El matrimonio Darling vivía en una calle de Londres y, hasta la llegada de Wendy, su madre era el personaje principal de la fami-

lia. Era una mujer encantadora, cariñosa, de imaginación romántica.

La joven señora Darling llevaba las cuentas de la casa perfectamente, con gran precisión. Pero con el tiempo empezó a dibujar figuritas de niños en el lugar correspondiente a la suma total.

Primero nació Wendy; después, John y, luego, Michael.

A la señora Darling le gustaba tener de todo, y su marido sentía una verdadera pasión por ser igual que sus vecinos. Estos, naturalmente, tenían niñeras para cuidar de sus hijos. Pero, como los Darling no eran ricos y no podían permitirse una niñera de verdad, eligieron una perra de Terranova llamada Nana.

Nana demostró que era una verdadera joya. A la hora del baño se portaba admi-

rablemente, y en cualquier momento de la noche se levantaba si uno de los niños hacía un ruido, por pequeño que fuese. Como cabe suponer, la caseta de Nana estaba en el cuarto de los niños.

Nunca hubo una familia más sencilla y feliz que la de los Darling antes de la llegada de Peter Pan.

La primera vez que la señora Darling supo de Peter Pan, fue al ordenar los pensamientos de sus hijos. Es una costumbre que las buenas madres cumplen cada noche, tan pronto los niños se duermen. Miran en su interior, comprueban que todo está en su sitio y ponen orden.

En sus frecuentes inspecciones de los pensamientos de sus hijos, la señora Darling encontraba fallos o extravagancias que no podía comprender. La que más le intrigaba era el

nombre de Peter Pan. Nada sabía de Peter ni de su procedencia. Sin embargo, en la mente de John y en la de Michael aparecía con frecuencia, y la de Wendy estaba prácticamente ocupada por aquel nombre.

—Sí, es un niño algo descarado —admitió Wendy con pesar, cuando su madre le preguntó sobre el asunto.

—Pero ¿quién es, querida?

—¿No lo sabes, mamá? Es Peter Pan.

Al principio, la señora Darling no lo entendía. Pero después, repasando sus recuerdos de infancia, encontró también a un tal Peter Pan, que vivía con las hadas. Corrían acerca de él historias singulares, como aquella de que, cuando los niños morían, él los acompañaba durante un trecho, para que no tuviesen miedo. Muchos años antes, mamá Darling había creído cosas semejantes, pero



ahora, que estaba casada y rebosaba de sentido común, dudaba de la existencia del personaje.

—Ahora ya habrá crecido —le dijo la señora Darling a su hija.

—¡Oh, no, no! No ha crecido —le aseguró Wendy—. Es precisamente del mismo tamaño que yo.

Ignoraba cómo lo sabía, pero así era.

La señora Darling informó a su marido, que sonrió sin darle importancia.

—Son tonterías que Nana les ha metido en la cabeza —le aseguró—. No les des más vueltas y verás cómo se les pasa.

Pero no se les pasó.

Al pie de la ventana y en el suelo del cuarto de los niños había unas hojas de árbol que no tenían por qué estar, y la señora Darling pensaba en ellas cuando Wendy dijo:

–Supongo que habrá sido otra vez Peter Pan.

–¿Qué quieres decir con eso, Wendy?

–Me gustaría que fuera más aseado –suspiró la niña.

Le explicó a su madre que Peter llegaba muchas veces por la noche a su cuarto, se sentaba a los pies de su cama y tocaba para ella su caramillo, que es una especie de flauta. Por desgracia, Wendy nunca se despertaba y, por tanto, no lo veía.

–¡Qué tonterías dices, cielo! Nadie puede entrar en esta casa sin llamar a la puerta.

–Creo que entra por la ventana –aventuró Wendy.

–Cariño, si estamos en un tercer piso.

–¿Hay o no hojas al pie de la ventana, mamá?

Lo cierto es que las había.

La señora Darling no sabía qué pensar.

Era la noche de asueto de Nana. Por eso la señora Darling había bañado, acostado y cantado a los niños, hasta que, uno tras otro, habían soltado su mano para deslizarse en el País del Sueño.

La señora Darling se sentó a coser al lado del fuego y, como estaba muy cansada, también se quedó dormida.

Entonces se abrió la ventana y un chico saltó al suelo. Iba acompañado de una luz extraña, del tamaño del puño de un niño, que se movía delante de él como si estuviese viva. Esa luz despertó a la señora Darling.

Sobresaltada, se levantó y vio al chico. Inmediatamente supo que era Peter Pan. Llevaba un vestido de hojas secas, unidas por la savia de los árboles. Peter le sonrió, mostrándole unos dientes muy pequeños.

De pronto se abrió la puerta. Era Nana, que volvía de su noche libre. Soltó un gruñido y se lanzó hacia el chico, que saltó con ligereza y desapareció por la ventana.

La señora Darling gritó, aterrada. Estaba convencida de que Peter se había matado al caer. Se asomó a la ventana, pero no había ningún cuerpo en la calle, y al mirar hacia arriba le pareció ver una estrella fugaz, que se alejaba.

Nana llevaba en la boca una cosa que resultó ser la sombra de Peter Pan. Al saltar este, la perra había cerrado la ventana de golpe y se la había arrancado.

La señora Darling la agarró y vio que era una sombra como otra cualquiera. La plegó y la guardó en el cajón de un aparador, sin pensar que aquello podría tener sus consecuencias.

Una semana después, el matrimonio Darling recibió una invitación para cenar con unos amigos.

La señora Darling había acostado a los niños y había dejado encendidas las lamparillas. El señor Darling sacó a Nana del cuarto, pensando que así todos estarían más tranquilos, y la dejó atada en el patio.

Antes de irse, comprobaron que la ventana estaba bien cerrada.

